

LÁSZLÓ KRASZNAHORKAI

GUERRA Y GUERRA

TRADUCCIÓN DEL HÚNGARO
DE ADAN KOVACSICS

BARCELONA 2009



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Háború és háború*

Publicado por:
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A. U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1999 by László Krasznahorkai
© de la traducción, 2009 by Adan Kovacsics
© de la ilustración del interior, 2009 by Mario Merz,
VEGAP, Barcelona
© de esta edición, 2009 by Quaderns Crema, S. A. U.

Todos los derechos reservados:
Quaderns Crema, S. A. U.

ISBN: 978-84-92649-05-1
DEPÓSITO LEGAL: B. 15 976 - 2009

La traducción de este libro ha recibido una subvención
del Fondo de Traducción de la Hungarian Book Foundation.



Fotografía de la cubierta: Oriol Maspons y Julio Ubiña

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *abril de 2009*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

I
COMO UNA CASA EN LLAMAS

1.

Ya no me importa morir, dijo Korin, y tras un largo silencio, señalando un estanque cercano, preguntó: *¿Aquello son cisnes?*

2.

Siete muchachos lo rodeaban justo en el centro del puente que pasaba por encima del ferrocarril, agachados, empujándolo contra la barandilla, seguían exactamente igual que media hora antes, cuando lo habían atracado, pero con la diferencia de que ya nadie quería robarle, pues, aunque resultaba evidente que era fácil asaltar a una persona como él, no merecía la pena debido a las imprevisibles consecuencias del hecho, porque el hombre seguro que no tenía nada y lo que podía poseer parecía más bien un lastre insondable, o sea que, cuando esto fue quedando claro, paulatinamente, a partir de un punto determinado del caótico, tormentoso y, para ellos, «tremendamente aburrido» monólogo de Korin, desde el momento, más o menos, en que empezó a hablar de cómo había perdido la cabeza, los chicos no se levantaron, ni lo dejaron allí como a un loco, sino que permanecieron tal como estaban, guiados por el motivo que los había traído al lugar, agachados, formando un semicírculo, inmóviles, ya que entretanto había caído poco a poco la noche sobre ellos; los acalló la oscuridad que se posó con el silencio crepuscular de las fábricas, y la mudez expresaba de la forma más profunda su atención, a la que, como Korin ya no interesaba, sólo le quedaba un objeto: las vías que pasaban por debajo.

3.

Nadie le pidió que hablara, sólo querían su dinero, pero él no lo soltó, sino que aseguró no llevar nada encima y empezó a darle a la sin hueso, tartamudeando al principio, luego de forma más fluida y por último sin parar, aunque, eso sí, se le notaba que peroraba por el pánico que le daban los ojos de los siete muchachos o, tal como comprendió más tarde, porque el estómago se le encogió de miedo y él, dijo, necesitaba desahogarse cuando el miedo le atenazaba el estómago, es más, como la angustia no se le iba, ya que no podía saber si portaban o no un arma, se sumió más y más en su discurso, decidido a contarles todo, todo por fin a quien fuese, pues desde que emprendiera, en secreto—y en el último momento!—, el «gran viaje», como lo llamaba, no había intercambiado ni una palabra con nadie, ni una sola palabra, por cuanto hacerlo se le antojaba demasiado peligroso, y, por cierto, tampoco se le había presentado la ocasión, puesto que en el camino no se había topado con nadie que fuese inofensivo, con nadie a quien no tuviese que temer; la verdad era que nadie le parecía lo bastante inocente, o sea que había de temer a todos, como dijo de entrada, en todos veía a un solo hombre, a aquel que, de forma directa o desde un segundo plano, mantenía algún contacto con sus perseguidores, alguna relación cercana o lejana, pero relación al fin y al cabo, algún trato con aquellos que, en su opinión, conocían cada uno de sus pasos, aunque él era más rápido, explicó posteriormente, siempre llevaba «como mínimo medio día» de ventaja, si bien los fugaces triunfos de los tiempos y de los escenarios también se cobraban su precio; ni una palabra a nadie, realmente, sólo ahora, por miedo, bajo la presión natural del pánico, adentrándose en territorios más y más importantes de su vida, ofreciendo una visión más y más íntima, más y más profun-

da de sus entresijos, con el único objeto de sobornarlos, de ganarse su confianza, de borrar simplemente al agresor que había en sus agresores, de convencer a los siete de lo siguiente: no sólo se rendía, sino que con esa rendición iba incluso al encuentro de sus atracadores.

4.

Olía a alquitrán; el asqueroso, penetrante y contundente olor a alquitrán se extendía por doquier, y no lo remedia-
ba ni siquiera el fuerte viento, porque éste, que los calaba,
por cierto, hasta los huesos, sólo levantaba y remolineaba
el olor, pero no conseguía sustituirlo por otro; de manera
que en toda la zona, en un tramo de kilómetros y kilóme-
tros, pero en particular allí, entre aquellos raíles que entra-
ban desde el este y se desplegaban luego como un abani-
co y la estación de Rákosrendező que se vislumbraba a sus
espaldas, la atmósfera consistía en eso, en olor a alquitrán,
y difícilmente podía precisarse qué contenía, además, este
hedor, si humo y hollín acumulados, si la fetidez de los cien-
tos y cientos de miles de convoyes que pasaban traquetean-
do, de las traviesas, del balasto y del acero de las vías, aun-
que no cabía la menor duda de que incluía otros elemen-
tos ocultos, que sólo podían mentarse mediante circunlo-
quios o que eran directamente innombrables, tales como
la ingente carga de la futilidad humana que una voluntad
vomitiva—la cual adoptaba millones de caras y, vista des-
de la altura del puente, se plasmaba en una aterradora in-
utilidad—traía en cientos y cientos de miles de convoyes;
y el aire era alimentado también, sin duda, por el espíritu
de lo desértico, de lo abandonado, del fantasmagórico le-
targo fabril que se había aposentado durante décadas so-
bre aquel paisaje, donde Korin trataba ahora de situarse,
él, que en su huida sólo quiso, en principio, pasar al otro

lado, con rapidez, sin ruido y sin llamar la atención, a fin de proseguir su camino hacia el hipotético centro de la ciudad y que ahora se veía obligado, por así decirlo, a asentarse en ese gélido y ventoso punto del mundo, forzado a agarrarse—barandilla, bordillo, asfalto, metal—de detalles que parecían importantes desde la altura de los ojos, pero que eran, por supuesto, todos casuales, de tal modo que un puente que cruzaba por encima de las vías del tren a unos cien metros de la estación de mercancías de Rákosrendező dejó de ser un segmento inexistente en el mundo para transformarse en un segmento existente, se convirtió en uno de los episodios iniciales más significativos de su nueva vida o, como él mismo lo formuló luego, de su amok, un puente por el que, si no lo hubieran detenido allí, habría pasado ciegamente.

5.

Empezó de golpe, sin introducción, ni palpito, ni preparativos, ni impulso; el descubrimiento se precipitó sobre él justo en un momento dado de su cuadragésimo cuarto cumpleaños y enseguida le resultó tremendamente doloroso, tal como cuando aquellos siete cayeron sobre él, hacía unos instantes, allí, en medio del puente, de manera igualmente inopinada e imprevisible, dijo; estaba sentado a la orilla de un río, como solía a veces, porque no le daban ganas de volver a su casa vacía precisamente el día de su cumpleaños, estaba sentado, pues, y, en efecto, se le clavó de pronto, explicó, el reconocimiento de que, por amor de Dios, no comprendía nada de nada, ay, ay, ay, no tenía ni la menor idea, Jesús, María y José, no entendía el mundo, y acto seguido se estremeció al pensar que la cosa se formulaba así en su interior, en ese plano del tópico, de la banalidad, de la repugnante ingenuidad, pero de eso se trataba exactamente,

dijo, de súbito se vio terriblemente estúpido a sus cuarenta y cuatro años, un tonto vacuo e idiota, cuya memez había caracterizado, precisamente, el modo en que, durante cuarenta y cuatro años, había entendido el mundo, aunque lo cierto era, como pudo apreciar entonces junto al río, que no sólo no lo comprendía, sino que no entendía nada de nada, y lo peor era que durante cuarenta y cuatro años había creído entender, fue lo peor de esa tarde de su cumpleaños, que pasó solo a la orilla del río, lo peor de lo peor, porque, para colmo, el descubrimiento no venía acompañado por aquello de «bueno, pero ahora lo entiendo», pues no recibió un saber nuevo a cambio de aquel otro, sino un pavoroso embrollo cada vez que pensaba en el mundo a partir de ese momento, y lo cierto es que esa tarde reflexionó de forma terriblemente profunda sobre el universo y se devanó los sesos tratando de penetrar en él, pero no pudo ser, la complejidad se volvió más y más opaca, y Korin llegó a tener la sensación de que tal complejidad era en sí el sentido del mundo que trataba de comprender a fuerza de torturarse, que el universo era, por tanto, idéntico a su propia complejidad; hasta allí llegó y no cejó en su empeño sino cuando se dio cuenta de que comenzaba a dolerle la cabeza.

6.

Por entonces llevaba ya muchos años viviendo solo, explicó a los siete muchachos, agachado él también, apoyando la espalda contra la barandilla y sacudido por el viento de noviembre que azotaba el puente, viviendo solo, dijo, pues su matrimonio se había roto antes debido al asunto Hermes (con un ademán indicó que posteriormente entraría en detalles), pero luego él «se quemó en una intensa relación amorosa», tanto que decidió ya nunca más siquiera acercarse a una mujer, lo cual, por supuesto, no significó aislar-